

Dejándole el cuerpo frío
Al paladín en los brazos.

(Romancero general.)

4 Del Orlando furioso.

422

BRADAMANTE MATA AL MORO URGEL.

(De Lucas Rodríguez.)

Ya se parte el moro Urgel
De la ciudad de Granada
En busca de Bradamante,
Aquella dama preciada.
Dice que quiere probar
Con ella su espada y lanza,
Y que si acaso la vence
Por su grande esfuerzo y maña,
Que la ha de llevar consigo
A su muy querida patria,
Para casarse con ella
Aunque es de nacion cristiana.
Iba tan gallardo el moro,
Que bien claro demostraba
Ir por el amor guiado,
Y ser cual es su demanda.
Y andando por su camino
Junto á Montalvan llegaba,
Aquel castillo tan fuerte
Donde Bradamante estaba.
Y cuando cerca se vido
Gran gozo y placer tomaba;
Y por ver que era ya tarde
Hacia un lugar caminaba
Que dista muy poco trecho
De donde habita su amada.
Allí reposó la noche;
Mas no era bien de mañana
Cuando el fuerte Urgel se sale
En una yegua alazana,
De todas armas armado
Con su rico escudo y lanza,
Y en medio el escudo lleva
Una dama figurada,
Con una letra que dice:
«¡Fortuna, no seas contraria!»
Y así llegado al castillo,
Muy recio á la puerta llama;
Pero alzando la cabeza
Vió que entre una almena estaba
Un dispuesto caballero
Gallardo y de buena gracia.
Aqueste era Ricardeto,
A quien Reinaldos dejaba
Por guarda d'este castillo
Con sus hermanos y hermana.
Ricardeto que vió al moro
Dice:—¿Qué es lo que demandas?—
Y con alta voz el moro
D'esta manera le habla:
—Señor, soy un caballero
De tierra y nacion cristiana,
Y por solo ganar honra
Vengo á pedirte batalla,
Por ser tan grande tu esfuerzo
Y estimado en toda España.—
Ricardeto que lo oyó,
Sin respondelle palabra,
Manda ensillar su caballo,
Y que le traigan sus armas,
Y vase derecho al moro
Que en el campo lo esperaba.
El moro cuando lo vido,
Para él enristró su lanza;
Lo mismo hizo Ricardeto,
Y ambos á dos se encontraban.
En el escudo del moro
Quebró el cristiano su lanza;

Mas el moro le encontró
En medio de la celada,
De suerte que Ricardeto
Desatinado quedaba,
Y así se quedó en el suelo
Sin poder hablar palabra.
Con grande presteza el moro
Del caballo se arrojaba;
Quitado le habia el yelmo
Pensando que era su amada,
Y visto que era mancebo
De los piés y manos le ata.
No lo hubo bien atado
Cuando ya en el campo estaba
Alardo, el segundo hermano,
Armado de todas armas,
Y arremetió para el moro,
Y el moro tomó otra lanza;
Que como sagaz y astuto
La tenia aparejada.
Y cabalgando en su yegua
Ambos á dos se encontraban;
Pero Alardo vino al suelo,
Y el moro presto le ata.
Lo mismo hizo con Ricardeto,
Que era el menor que quedaba
Bradamante, que esto vido,
Ciega de cólera y saña,
Viendo presos sus hermanos
En un momento se armaba,
Por no estar allí Reinaldos
Que entre la morisma andaba
Así la fuerte doncella
Donde está el moro guiaba,
Y llegada junto á él
D'esta manera le hablaba:
—Suelta, moro, á mis hermanos,
O apercíbete á batalla.—
El moro luego responde.
—Déjate d'esas palabras.—
Revolviendo sus caballos,
Y blandiendo sus lauzas,
Se dan tan bravos encuentros,
Que ambas las hicieron rajadas.
Bradamante volvió presto,
Poniendo mano á su espada;
El moro, muy orgulloso,
Su fuerte alfanje sacaba:
Danse tan bravos los golpes
Que los yelmos se abollaban.
El moro con gran furor
Un fuerte reves tiraba
A la hermosa Bradamante,
Que escudo y armas le pasa;
Mas descuidándose un poco,
Bradamante le acertaba
Un tal golpe en la cabeza,
Que la media le cortaba:
Así cayó el moro muerto
Por precio de su demanda,
Y la linda Bradamante
A sus hermanos desata:
Con ellos se va al castillo
Dándole á Dios muchas gracias.
¡Mirad cómo trata amor
A los que mejor le tratan!

(Rodríguez, Romancero historiado.)

423.

BRADAMANTE CELOSA.

(Anónimo 4.)

Suelta las riendas al llanto,
Celoso el pecho y airado,
La hermosa Bradamante,
Llena de angustia y cuidado,
Llora de Ruger la ausencia
Pensando haberla olvidado;

Arranca un suspiro y otro,
Que encendiera un pecho helado.
Mesa sus rubios cabellos
En que al amor ha enlazado,
Gañándole por despojos
Aljaba, flechas y arco.
Revuelve en el pensamiento
De vestir arnes tranzado,
Para buscar su Rugero,
A quien ya la palma ha dado.
—¿Qué es de ti? ¿Dónde estás, Rugero?
¡Mi bien! Mi dulce cuidado!—
Marrano llámale, en fe
De razon y amores falto:
No puede acabar consigo
Que un amor tan arraigado
Se le volviese al reves
De lo que siempre ha mostrado.
—¡Ay bellos ojos, luceros
Que alumbraban mi cuidado!
¿Quién pudo tanto con vos
Que á Bradamante heis dejado?
Vuelve, vuelve, dulce prenda,
Cumple el término aplazado
Antes que la muerte horrenda
Me prive de ejecutallo.
¡Pueda amor de tanto tiempo
Mas que un hora de regalo!
¡No dejes, Ruger, morir
A quien el pecho has robado!
¡Mueva tu amor á piedad
Este rostro delicado,
Que en lágrimas de sus ojos
Le verás estar bañado!
Quien hizo naturaleza
En todo tan extremado,
No es bien que se diga dél
Que la palabra ha falsado.—
Llora, solloza y suspira,
Llama siniestro á su hado,
Envía al cielo sus quejas,
A la fuente, río y prado:
Vuelve con doblada furia,
Con furor único y raro
Llama su dulce Rugero,
«Ruger, vuelve», y va á abrazallo.
Anda aquí y allí rabiosa,
Mil veces vuelve á llamarlo:
Cuando el eco la responde
Piensa que Ruger la ha hablado.
—No soy Bradamante, dice,
De quien fuiste enamorado:
No te escondas, no soy esta,
Porque en ti me he transformado.
¿Piensas que caminas solo?
Caminas acompañado
De mi triste corazón,
Que en el tuyo se ha forjado.
¡Vuelve esos ojos tan bellos,
Verás mi pecho abrasado!
¡No tardes, dichoso moro,
Porque el tardarte es pesado!
Aplica á este mal, remedio,
Mira cuán mal me ha tratado:
Solo, Rugero, en ti está,
Que en otro no hay remediallo.—
Entre estas celosas quejas
Vuelve, y dice:—¡Ah esforzado
Pecho de la sangre ilustre
De Claramonte y Mongrano!
¿Tan presto, di, te olvidaste
De quién eras? ¿de tu estado?
¿Tan presto y tan sin respeto
Desdeñas mi amor preciado?
¡No llores mas, tente, basta,
No alfojes la rienda tanto!
Toma tu lanza de oro,
Salta en tu caballo alado.—
Dijo, y con furiosa rabia

En un retrete se ha entrado;
Armase el peto y la cofia,
Espaldar y arnes tranzado,
Y pártese Bradamante
A buscar su enamorado,
Revolviendo todo el mundo
Sin vagar y sin descanso.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

4 También á este romance ha dado asunto el Orlando furioso.

424

CONVERSION DE RUGERO.

(Anónimo 4.)

En un caballo ruano
De huello y pisar airoso,
Fuerte, vistoso y galano,
Entra en Paris el famoso
Rugero, á hacerse cristiano.
Y como el bravo guerrero
Se hubiese puesto aquel dia
Bizarro en traje extranjero,
Toda la corte decia:
«¡Cuán gallardo entra Rugero!»
Entra el moro acompañado
D'ese que Roldan se llama,
Con otros de grande estado:
Paladines de gran fama
Lleva Rugero á su lado;
Alegres y satisfechos,
Y sus personas honrando,
Van á palacio derechos,
Donde el Rey está aguardando.
Estaba con gran decoro
Don Carlos representando
Su majestad y tesoro,
A cuya persona hablando
De rodillas dijo el moro:
—Buen Carlos, dame la mano,
Que aunque no te lo he servido,
Yo soy Rugero el pagano,
Que á tus cortes he venido
Para volverme cristiano.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

4 Esta composicion no es romance, sino quintillas; pero por su asunto se coloca aquí.— Del Orlando furioso.

425

RUGERO VENCE Y BAUTIZA Á SACRÍPANTE.

(De Lucas Rodríguez 4.)

De los muros de Paris
Se sale el fuerte Rugero
A acabar una batalla
Con un fuerte caballero,
Llamado el rey Sacripante,
Rey pagano, crudo y fiero.
Vanse á las selvas de Ardenia
Los dos famosos guerreros;
Comienzan cruda batalla,
¡Pone grande espanto en vellos!
Al fin, fué vencido el Rey
Por aquel fuerte guerrero,
Y viéndose así vencido
En sus dias los postreros,
Con gran sed pidió el bautismo
Conociendo á Dios eterno.
En una muy clara fuente
Le baptizaba Rugero,
Y llorando amargamente
Muerte de tal compañero,
—No lloreis, dijo el buen Rey,
Que yo, sabed, que mas quiero

La salud d'esta alma mia
Que del corruptible cuerpo.
Mas lo que os pido, señor,
Si lo merecen mis ruegos,
Sepa Angélica mi muerte,
Por quien ando vivo y muerto,
Que la pasé para el alma
Del aposento del cuerpo.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

¹ Ya se habrá observado cuán común y frecuente es en esta clase de ficciones caballerescas, que los moros vencidos por los cristianos deseen y consigan el bautismo. De este modo querían los poetas hacer interesantes á los valientes moros, cuyo heroísmo amaban, aunque por dejar bien puesto el pabellón de los cristianos los hiciesen vencidos.

426

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—I.

(De Pedro de Padilla ¹.)

A Grecia parte Rugero
El gallardo enamorado,
Temerosa el alma y triste,
Aunque tan furioso y bravo,
Que de todo el mundo junto
Hiciera muy poco caso.
Consigo lleva á Frontino,
Su muy ligero caballo;
La divisa y el escudo
Todo lo lleva mudado;
Qu'el águila blanca trueca
En un unicornio blanco,
Para no ser conocido
De los que fuese encontrando.
En busca va de Leon
Resuelto y determinado
De no dejarle con vida
Adonde le haya encontrado:
Y era porque á Bradamante
Pidió para ser casado,
Y aunque ella no le quería,
Y Rugero asegurado
Está que no ha de quebrarle
La palabra que le ha dado,
Con todo, no le consiente
Amor estar sosegado,
Porque quien de veras ama
De no nada, es recatado.
Andando por sus jornadas
Un día llegó á Belgrado,
Y vió el ejército griego
Donde estaba su contrario,
En una batalla esquivada
Con los bulgaros trabado,
En la cual iban los griegos
Ya vencedores del campo.
Mas el valiente guerrero
Por medio d'ellos entrando,
En poco tiempo los hizo
Que perdiesen lo ganado,
Y se retirasen todos.
Recibiendo mucho daño.
A Leon busca Rugero;
Pero nunca le ha hallado,
Porque de un pequeño monte
La batalla está mirando,
Y era tan buen caballero
Que con ver el gran estrago
Que en sus vasallos hacia
El del unicornio blanco,
Viéndole tan valeroso
Le está muy aficionado.
La batalla fenecida,
Y el griego ya retirado,
Los bulgaros á Rugero
Llegan á besar la mano,

Y piden que su rey sea,
Porque el otro había faltado.
Acepta Rugero el reino;
Pero dice que en su mano
Cetro no verán, primero
Que á Leon no haya quitado
Juntos el reino y la vida,
Porque le tiene agraviado,
Y porque por aquello solo
Mil millas ha caminado.
Y en diciendo estas razones
Dió de espuelas al caballo
Y va tras Leon Augusto,
Que entendió luego alcanzallo.
Pero no le ha sucedido
Lo que lleva imaginado,
Porque el ejército griego
Se había tanto adelantado,
Que antes que lo descubriese
La noche se había cerrado,
Y sin apearse un punto
Toda ella ha caminado.
Y al tiempo que el sol salía
Se vió á una ciudad cercano,
Donde para reposar
En una posada ha entrado;
Mas luego fué conocido
En entrando de un soldado,
Que se halló con los griegos
En el rencuentro pasado,
Y al señor de la ciudad
Se fué muy alborotado,
Y le contó cómo había
A una posada llegado
Un hombre que había vencido
Del Emperador el campo,
Y que si allí le prendiese,
Pues estaba descuidado,
Al Emperador haría
Servicio muy señalado.

(PADILLA, *Tesoro de varias poetas*.)

¹ Dos hechos culminantes constituyen la acción compleja del *Orlando furioso* de Ariosto, á saber: el del triunfo de las armas y civilización cristiana contra los agarenos, y el de los orígenes de la casa de Este, comenzados en Rugero y Bradamante. Los romances de esta sección hasta el núm. 426 han tomado sus asuntos del primer hecho, y los que siguen á este, inclusive hasta el núm. 434, del segundo.

427

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—II.

(De Pedro de Padilla ¹.)

Cuando con mayor sosiego
Toda la gente dormía,
Y el silencio y la tiniebla
Todo el mundo poseía,
Prenden al fuerte Rugero,
Flor de la caballería,
Que con descuido y cansancio
Y seguridad dormía.
Y cuando salió del mar
Dando Febo luz al día,
Un correo despachaba
El que preso lo tenía,
Diciendo al Emperador
Lo que sucedido había,
Que hubiera de enloquecer
Con la sobra de alegría.
Leon también se holgaba,
Y era porque pretendía
Hacerle su gran amigo,
Y con él le parecía,
Que á Carlo-Magno y sus doce
No podrá tener envidia.
Pero diferentemente
Trata d'esto una su tía,

Que al Emperador su hermano
De rodillas le pedía
Que á Rugero le entregase
Para quitarle la vida,
Porque la quitó á su hijo,
Rugero el pasado día.
Otorgó el Emperador
Todo cuanto le pedía,
Y cuando llegó Rugero
Se lo entregan, y ella había
Mandádole aderezar
Aposento para un día,
Porque no pensaba mas
Un hora darle de vida,
En el hondo de una torre
Donde el sol jamás se vía.
¡Oh si Bradamante, aquello
Supiera que él padecía,
O entendiera esta prision
La valerosa Marfisa,
Cómo arriscaran las dos,
Por libertalle, la vida!
Entrambas están con pena;
Mas Bradamante moría,
Y en el alma, temerosa
Cien mil cosas revolvia,
Y de celos y sospechas
Viéndose tan combatida,
Del amor y de Rugero
Quejándose se dolía.

(PADILLA, *Tesoro de varias poetas*.)

¹ Del *Orlando furioso*.

428.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—III.

(De Pedro de Padilla.)

De sospechas ofendida
Se duele d'esta manera
La hermosa Bradamante:
¿Qué hiciera si supiera
Cuán cerca estaba Rugero
A la hora postrimera?
Otro día, de mañana
Está ordenado que muera,
Si la bondad soberana
De Dios, no le socorriera
Con remedio no pensado
Y que nadie lo creyera.
Y fué que Leon Augusto,
Que darle muerte debiera,
Para poder libertalle,
A la media noche espera,
Pidiendo al que le guardaba
Que aquella cárcel abriera,
Porque hablar quiere al preso
En cosas que d'él oyera.
Huelga d'ello el que le guarda,
Y á Leon Augusto espera,
Que con un solo criado
De su aposento saliera,
Y en volviendo el carcelero
El rostro, que no debiera,
Le privaron de la vida
Sin que valerse pudiera,
Y adonde Rugero estaba
Bajan, que tal lugar era,
Que con solo estar en él
En ménos de un mes muriera.
Leon á Rugero abraza
Diciendo d'esta manera:
—Valeroso caballero,
Tu bondad fué la primera
Que pudo darme ocasion
Para que tanto te quiera,
Y que mire mas tu bien
Que el mio mirar pudiera,

Y el amistad de mi padre
Posponga d'esta manera.
Sabe que yo soy Leon,
Y que d'esta cárcel fiera
Quiero agora libertarte,
Porque tal hombre no muera.—
Ofrécesele Rugero
Por suyo mientras viviera,
Y al aposento se vuelven
De Leon, que cerca era,
Adonde estuvo seguro
Hasta tanto que se hubiera
El arnes y su caballo,
Del hombre que le prendiera.
Y otro día de mañana,
Cuando cada cual espera
Ver salir al caballero
Do con la vida no vuelva,
La cárcel abierta hallan,
Y que el preso estaba fuera,
Y que quien á cargo tuvo
De guardalla, muerto era.
Rugero estaba confuso,
Viendo lo que no creyera,
Y el día y la noche toda
Imagina en qué manera
De tan gran obligacion
Como aquella salir pueda.
Ofrecióle la fortuna
Mas ocasion, que quisiera,
Porque en aquel mismo día
Era llegada la nueva
Del bando qu'el rey de Francia
Dió para toda la tierra:
Que á la gentil Bradamante
El que por mujer la quiera,
De la lanza y de la espada
Ha de probarse con ella;
Y que si fuere vencido,
O en el campo no entretenga
De sol á sol la batalla,
Toda la esperanza pierda.
Quedó fuera de sentido
Leon, con aquella nueva,
Y discurriendo entre sí
Vió que ninguno pudiera
Hallar en el mundo todo,
Cuando buscarlo quisiera,
Como él que consigo tiene
Y á quien tanto bien hiciera.
En esto determinado
Le dió del negocio cuenta,
Diciéndole que en sus manos
Pone todo el bien que espera.
¡Mirad lo que sentiría
Con demanda como aquella
El que á Bradamante amaba
Mas que á sí mismo pudiera!
Mas tuvo la obligacion
En su pecho tanta fuerza,
Que alegremente responde,
Que Leon busque manera
Como no sea conocido,
Y que vayan norabuena.
Otro día de mañana
Quiso Leon que partieran,
Y andando por sus jornadas
A Paris entrambos llegan.
No quisieron entrar dentro,
Y sus tiendas arman fuera,
Y por un embajador
Leon á Carlo le ruega
Que la gentil Bradamante,
Porque la batalla sea
Entre los dos fenecida,
A combatir se prevenga,
Que otro día en la mañana
Dentro del campo la espera.
El Emperador lo manda,

Y el día siguiente ordena
Que se hiciese la batalla
Luego cuando amaneciera.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

429.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—IV.
(De Lúcas Rodríguez.)

La hermosa Bradamante
Muy descontenta vivía,
Porque sus padres pretenden
Casarla, que no quería,
Con hijo de Emperador
Que en Constantinopla había.
Leon Augusto ha por nombre,
De linaje y gran valía.
Siempre vive descontenta,
De continuo pensativa,
Porque ella á Rugero amaba,
Y mas que á sí lo quería.
Imaginado ha un remedio
Avisado á maravilla.
De su aposento se sale,
Y para palacio iba;
A piés del Emperador
D'esta manera decía:
—Muy poderoso señor,
Esta tu sierva suplica,
Un don le concedas luego
Que mucho le convenia;
Y es: que cualquier caballero
Que por su mujer me pida,
Me venza primero en campo
En batalla todo un día.—
Holgóse el Emperador
De lo que ella le pedía;
Luego le señala campo
Para hacer la conquista.
Leon estaba presente,
No sabe ya que se diga:
De un cabo le cerca amor,
Por otro honra le obliga.
El, que de amor mucho siente,
Y sus afectos sabia,
Llegado se habia á Rugero,
Y humildemente le suplica
Por él haga la batalla,
Pues tanto le convenia,
—Acuérdate, buen Rugero,
Que yo fui parte algun día
Que recibieses contento
Y no perudieses la vida.—
Muy presto Rugero se arma,
Y de Leon la divisa
Toma, porque piensen todos
Que es Leon quien combatía.
Ya venia Bradamante
Mostrando gran gallardía.
Vanse el uno para el otro
Con esfuerzo y osadía;
Y lo que Rugero hace,
Y en lo que mas entendía
Era en rebatir los golpes
Que Bradamante le tira,
Que aunque herirle quisiese
Con su espada, no podía,
Y entre los dos la batalla
Fue cruel y muy reñida.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

430.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—V.

(De Pedro de Padilla.)

Al tiempo que el sol salía
Sobre su carro dorado
Esparcidos sus cabellos
Por uno y por otro lado,
Los animales y gente
Y las aves despertando,
Se sale al campo Rugero
De todas armas armado,
A vencer la que le tiene
Vencido y aprisionado.
De una parte amor le aqueja,
Y de otra verse obligado;
Sabe que á su dama pierde
En habiéndola ganado,
Y juntamente la vida,
Porque le será excusado
Vivir un hora sin ella,
Y mas habiéndola dado
Para que el otro la goce
Conquistada por su mano.
Iba de morir dispuesto,
Pero no determinado
Con qué género de muerte
Llegará su vida al cabo.
Unas veces imagina
Que será muy acertado
Poner el pecho desnudo
Contra el fuerte brazo airado;
De otra parte considera
La palabra que habia dado,
Y á la fin se determina
En lo que habia ordenado.
No quiso mas que la espada,
Va sin lanza y sin caballo;
La espada no era la suya,
Que temiendo hacer daño
A Bradamante, la deja,
Y de la que habia tomado
Entrambos los filos quita,
Y sobre el arnes ha echado
La divisa de Leon,
Por ir mas disimulado.
Bien diferente de aquello
Tiene la dama el cuidado,
Que la espada aderezaba
Para mas presto acaballo,
Creyendo que era Leon
Con quien entra en estacado.
Y en oyendo la señal
Que de la batalla han dado,
Para Rugero arremete
Como el rayo acelerado,
Y comiéndole á herir
Por uno y por otro lado,
Mirando con atencion
Donde le hará mas daño.
Rugero se le defiende
Con andar muy avisado
En rebatir los golpes,
Sin tener otro cuidado,
Y así pasó todo el día
Hasta que el sol ha dejado
La luz, y de hermosura
Todo el mundo ha despojado.
Los que la batalla vian
De un parecer han quedado,
De que par tan valeroso
Estará muy bien casado,
Creyendo fuese Leon
El que han visto peleando.
Acabada la batalla,
Rugero disimulado
Se sale del campo luego,
Que el yelmo no se ha quitado,

Y sobre un rocín pequeño
Para Leon se ha tornado,
Que tiernamente le abraza,
Allí de nuevo obligando
A su servicio la vida,
La autoridad y el estado.
Agradécele Rugero
Cumplimiento tan honrado,
Y le pide su licencia
Fingiéndose muy cansado.
Al punto de media noche
Sin llevar ningun criado,
Casi fuera de sentido
Sale sobre su caballo,
Y por selvas y campañas
Sin cesar ha caminado,
Y sin levantar los ojos
De sí se va lamentando.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

431.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—VI.

(De Pedro de Padilla.)

Si Rugero se congoja
Y el alma tiene angustiada,
La hermosa Bradamante
Estaba desesperada,
Porque si no es con Rugero
Jura de no ser casada,
Y de faltar de lo puesto
Estaba determinada,
Con su padre y sus parientes
Aunque quede enemistada,
Y aunque la corte de Carlo
Fuese por ella afrentada.
Y cuando medio faltase
Para que otra cosa haga,
Jura que se dará muerte
Con veneno ó con espada.
Porque mejor le parece
Del vivir verse apartada,
Que un hora estar sin Rugero
Y en brazos de otro entregada.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

432.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—VII.

(De Pedro de Padilla.)

Estaba la triste dama
Casi fuera de sentido,
Y para entretener algo
Un remedio le ha ocurrido
Y fué, que Marfisa diga
Que de consentir no es dino
Que teniendo Bradamante
A Rugero por marido,
Otro ninguno quisiese
Serle en esto preferido.
Turbóse el Emperador
Cuando tal demanda vido,
Y llaman á Bradamante,
La cual habiendo venido,
No respondiéndole, consiente
En lo que Marfisa ha dicho,
La cual al Emperador
Una merced ha pedido;
Y fué: que Leon Augusto
Siendo Rugero venido
Hiciese con él batalla,
Pues no estaba difinido
Cuál de los dos Bradamante
Ha de tomar por marido.
Ansí se quedó aquel día

El negocio diferido,
Y Leon se fué á su tienda,
Porque acetar no ha querido
De improvisa esta batalla
Sin haber ántes sabido
El del unicornio blanco
Adonde fuese partido.
Mándale luego buscar
Y él á buscarle ha salido,
Y con la sabia Melisa
Topó en medio del camino:
La cual con semblante triste,
Muy lastimada, le dijo:
—Si el valor y cortesía,
Hay en vos, que yo imagino,
Os suplico que vengais
Sin deteneros conmigo,
Para que demos la vida
Al hombre mas bien nacido,
Y de mayor valentía
Que en nuestro tiempo se vido,
Que solo por ser cortes,
Y mostrarse agradecido
Ha llegado á tal extremo
Que ya no debe estar vivo.—
Leon, de aquellas palabras
Turbacion ha recebido;
Porque le dió el corazon
Que debia ser su amigo.
Halláronle, que en tres dias
Bocado no habia comido,
De todas armas armado,
Sobre la tierra tendido,
Por cabecera el escudo,
Y el aliento tan perdido,
Que del día no escapara
Si no fuera socorrido.
Leon, con dulces palabras
Muy de veras le ha pedido
Que le diga la ocasion
Que á tal punto le ha traído;
Y viéndose el buen Rugero
De sus ruegos convencido,
El caso como pasaba
En breve suma le dijo.
No quiso quedar Leon
En cortesía vencido,
Y dice que á Bradamante
Que de todo causa ha sido,
Por mujer ya no pretende,
Aunque tanto la ha querido.
Y dijole tantas cosas
Que Rugero convencido
Hubo de corresponder
Con lo que le habia pedido,
Y dióle Melisa luego
Lo que tenia prevenido,
Y á la corte se volvieron
Adonde fué recebido
Rugero con mucha fiesta,
Y el negocio fenecido.
Ansí, casó Bradamante
Con el que habia pretendido,
Y Leon volvió á su tierra
Quedando muy gran amigo
De Carlo-Magno y sus doce,
Y en mucha estima tenido,
Por el valor y nobleza
Que en él habian conocido.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

433.

RUGERO Y RODAMONTE.—I.

(Anónimo.)

Rotas las sangrientas armas,
El cuerpo ya desangrado,

Despedazado el escudo,
Con el estoque quebrado,
Sale el fuerte Rodamonte
De vida y alma privado
Por el vencedor Rugero,
Que la victoria ha alcanzado,
Matólo porque á la mesa
Estando junto al rey Cárlos
Con la bella Bradamante
Con quien estaba casado,
Armado de negras armas,
Negro el escudo y caballo,
Aunque con la blanca espuma
Parece el freno argentado;
Y sin hacer reverencia
A la persona de Cárlos,
El soberbio y perro moro
A Rugero así le ha hablado:
—Yo soy el rey de Argel, traidor Rugero,
Que en este campo y cruel batalla
Probar tu gran traición por muerte espero,
Que mal podrás, cristiano, ya negalla;
Y si por miedo tú, y algún guerrero
Se quisiere ofrecer, quiero aceptalla;
Y por tener en mi verdad respeto,
Al campo tres de tí pido y aceto.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

434.

RUGERO Y RODAMONTE. — II.

(Anónimo.)

Rendidas armas y vida
De Rodamonte el bravo,
El victorioso Rugero
Va entre el rey sobrino y Cárlos.
«Viva Ruger, Ruger viva,
Va la gente pregonando,
Y entre el regocijo vienen
Danes, Oliver y Orlando:
Viene Astolfo y Ricardeto,
Valdovinos y Ricardo,
Y los dos tío y sobrino
Malgesi y Don Reinaldos.
Entre aquellos paladines
Que á Ruger sacan del campo
¡Cuán gallarda va Marfisa
Con el cuerpo bien armado!
Que aunque no dudó el suceso,
Al fin como era su hermano,
Sacó el cuerpo apercebido,
Y el alma puesta en cuidado.
A los corredores sale,
Cuando entran en palacio,
La contenta Bradamante
Vivas colores mudando.
Adelántase de todos,
Y á su Rugero mirando,
Antes que llegue le abraza,
Los brazos al aire echando.
Cuando los cuerpos se juntan
Y se enlazan con los lazos,
No se hablan, aunque quieren,
Con el contento turbados.
Con los ojos se regalan
Rostro con rostro juntado,
Y sosegándose un poco
Bradamante se ha esforzado,
Y dicele: —¡Mi Rugero!
¡Descanso de mi cuidado!
En deuda me estáis, señor,
Del sobresalto pasado.
Cuando en la batalla os via
Con tan soberbio contrario,
Temia de mi ventura
Y fiaba en vuestro brazo.

¡Dos mil vidas diera juntas
Por ser el desafiado,
Y en ménos las estimara
Que en vos el mas fácil daño!
— ¡Si Rodamonte supiera,
Rugero la ha replicado,
Que estábades en mi alma,
No viniera tan osado!
Con dos contrarios pelea
Quien tiene conmigo campo,
Y así llamarse pudiera
Aquel sarraceno á engaño. —
No se dicen mas ternezas
Porque no los han dejado,
Que llega la Emperatriz
Y por otra parte Cárlos:
Suenan dulces instrumentos,
Y los paladines francos
Juegan cañas y tornean
En la plaza de palacio.

(Romancero general.)

435.

FLOR DE LIS LLORA LA MUERTE DE BRANDIMARTE.

(De Lucas Rodríguez.)

No se atreve el duque Astolfo
A dar la nueva angustiada
A la linda Flor de Lis
De la sangrienta batalla,
Hasta que con Sansoneto
Vaya juntamente á dalla,
Porque de dolor tan fuerte
Puedan ambos consolalla.
Ella que llegar los vido
Con las vistas demudadas,
Como está medrosa y triste
Por un sueño que soñara,
Dijo: ¡Brandimarte es muerto!
Y cayóse desmayada.
Tornó en sí, en sabiendo el caso,
Y las hebras de oro arranca,
Y sin compasion de sí
Rostro y pecho en sangre baña,
Y á su Brandimarte á voces
En vano mil veces llama.
Una vez pide la muerte,
O que le dén una espada;
Otra que al mar quiere irse,
Y á nado pasar el agua
Hasta llegar á la isla
Do fué la triste batalla,
Y de Agramante y Gradaso
Hacer entera venganza,
De arrastrarlos con los dientes,
Como fiera tigre hircana.
—¡Ay Brandimarte, bien mio!
¡Por qué, dice, me dejabas?
Tu querida Flor de Lis
Contino te acompañaba.
Si fuera, señor, contigo
De algo te aprovechara,
Que cuando á Gradaso viera
Que sin verle tú llegaba,
Sirviera de darte un grito
Que siquiera te apartaras,
O me metiera yo en medio
Y el golpe le reparara.
Fuera mi cabeza escudo,
Y la tuya se librara;
Que mi muerte, por tu vida
Fuera bien aventurada,
Pues que de morir así,
Mejor fuera en tal demanda
O ya qu'el injusto cielo
Nada d'eso me otorgara,
Diérate el postrer abrazo,
Y con mi llanto bañara

Tu rostro en sangre teñido,
Para que te lo limpiara,
Y oyérasme al postrer punto,
Que te se arrancara el alma,
Decir: ¡Vete en paz, bien mio,
Que ya va tras tí tu amada!
¡Aqueste es el rico Estado
Que yo así te demandaba
Para que del reino mio
Por señor te coronara?
¡Son estas las dulces bodas?
¡Es este el bien que esperaba?
¡Ay hado! Ay fortuna esquivada,
Cuántos gozos desbaratas!
¡Mas por qué me tardó, triste?
¡Por qué no me saco el alma?
Pues mi Brandimarte es muerto
¡De qué me queda esperanza? —
Estas y otras cosas dice,

Y á maltratarse tornaba:
De las manos, con los dientes
Amargos bocados saca,
Y su rostro, con las uñas,
Crudamente despedaza.
Esto hace cada día
Hasta que Roldan llegara,
Que por ella viene él mismo,
Para que á Sicilia vaya
A ver el sepulcro triste
Do su Brandimarte estaba;
Y en llegando, sobre él llora,
Que los cielos mueve á lástima,
¡Y tal fué su sentimiento,
Tal su dolor, tal su ansia,
Que la vida amarga y triste
Consumida en llanto acaba!

(Rodríguez, Romancero historiado.)

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DOCTRINALES, SATÍRICOS Y DE BURLAS.

436

DURANDARTE.

(Anónimo.)

Durandarte, buen amigo,
Decid por vuestro descargo,
Ya que estáis de vuestra vida
Dando los últimos pasos,
Si condenais á Belerma,
Viuda de vuestro regalo,
A perpetuos alquileres,
O á vestir nuevos recamos.
Y porque os estáis muriendo
Quiero hablar con vos mas claro,
Si mandais que se esté viuda,
O que tome otro velado:
¡Que por los lirios, que son
Del leon español pasto,
Que nadie corra por ella
Mientras yo tenga caballo! —
Durandarte dijo: —Primo,
Pues de este mundo me parto,
No quiero llevar al otro
Celos, que allá los hay santos.
Belerma se case luego,
Y sus yerros ordinarios
Irán á cuenta del vivo,
Sin que lleguen al finado.
Puede llorarme tres dias;
Pero al fin ojos mojados,
Con una esponja de azúcar
Es fácil cosa enjugarlos.
¡De qué sirve que entapice
De negro todos sus cuartos,
Si la alcoba mas secreta
Sirve á sus horas de blanco?
Són las viudas d'este tiempo
Altars por Todos Santos,
Con un portal para vivos,
Y otro para los finados.
Són espadas en bordones,
Són naipes en breviario,
Y son juntos en un tomo
Celestina y siete salmos.
Lo que os ruego, mi buen primo,
Es que en habiendo espirado
Me saqueis el asadura
Y se la déis en un plato,

Y decidle que á mi cuenta
La cuelgue en sus garabatos,
Porque á vuelta de la suya
Se la coma el primer gato.

(Romancero general.)

* Satiriza y se burla del dolor fingido, y de la fidelidad que algunas viudas afectan por la pérdida de sus esposos.

437.

BELERMA.

(De Don Luis de Góngora.)

Diez años vivió Belerma
Con el corazon difunto
Que le dejó en testamento
Aquel frances boquirubio.
Diez años vivió con él,
Aunque á mí me ha dicho alguno
Que viviera mas contenta
Con trecientos mil de juro.
A verla vino Doña Alda,
Viuda del conde Rodolfo,
Conde que fué en Normandía
Lo que á Jesucristo plugo.
Y hallándola muy triste
Sobre un estrado de luto,
Con los ojos, que ya eran
Orinales de Neptuno,
Riéndose muy despacio
De su llorar importuno,
Sobre el muerto corazon,
Envuelto en un paño sucio,
La dijo: —Amiga Belerma,
Cese tan necio diluvio,
Que anegará vuestros años
Y ahogará vuestros gustos.
Estése allá Durandarte
Donde la suerte le cupo,
Haya buen pozo su alma
Y pozo qu'esté sin cubo.
Si él os quiso mucho en vida,
Tambien le quisiste mucho;
Y si murió abierto el pecho,
Queréllese de su escudo.
¡Qué culpa tuvistes vos
De su enlierro, siendo justo,